

PEDRO CASALS

¿QUIÉN VENCIO EN FEBRERO?

*Una gran novela en la que SALINAS
desvela la otra cara de*
¿POR QUÉ MATARON A FELIPE?



El golpe de Estado, visto como un negocio, se va abriendo camino a lo largo de esta extraordinaria novela.

El Consorcio, organización que agrupa un centenar de firmas transnacionales de los sectores clave, decide estabilizar de una vez por todas la democracia en el mercado Sur-2, vacunando al país. Se aprueba la operación, y el negocio del golpe de Estado se pone en marcha asesinando a un financiero en un cabaré de Barcelona.

El abogado Salinas se hace cargo del caso y, siguiendo un hilo que discurre por Ibiza, São Paulo, Barcelona, Madrid, Moscú y Londres, va descubriendo aspectos sospechosos en la vida de algunos familiares del financiero, de un amigo que está relacionado con grupos levantiscos e incluso de su propio secretario. Finalmente, Salinas llega a desvelar el fondo de la trama.

¿Quién venció en Febrero?, es una obra maestra del suspense y también un profundo drama psicológico, que no puede dejar de leerse hasta la última página.

¡La culpa, querido Bruto, no es de nuestras
estrellas, sino de nosotros mismos, que consenti-
mos en ser inferiores!

JULIO CÉSAR
(WILLIAM SHAKESPEARE)

AGRADECIMIENTO

A Juan Cepas,
gran sabedor de
las entretelas del
lenguaje popular
malagueño.

Los hechos que se narran en esta novela son de ficción.

James Davidson sólo rompió su mutismo en un par de ocasiones, para dar réplicas monosilábicas acentuando su aire impertinente y aniñado. Aunque controlaba los músculos faciales con suma destreza, no llegaba a evitar la sombra de su insufrible media sonrisa cada vez que alguno de los otros tres miembros del patriciado del Consorcio, que se reunían en torno a la mesa oval, simplificaba el problema tratando de meter la mar en un pozo.

James dejaba perder sus ojos, de pupila diminuta, más allá de las cristaleras, cabalgando a grupas de las olas de amplio seno, que penetraban en la Bahía de San Miguel, lamiendo los bajos del acantilado sin lograr reventar en espuma y ozono, pero no pasaba por alto ni una coma de lo que allí se ventilaba.

La no cuadratura de la mesa podía hacer creer que nadie presidía la reunión de aquel póquer de vicedioses, pero cada vez que Goldman tomaba la palabra, siempre en voz queda, se hacía el silencio y todos excepto James bajaban un poco la vista.

La luz opalina del norte de Ibiza, el ritmo inmaterial de la mar de leva, y la calina, construían un atardecer de setiembre que resbalaba sobre la piel de aquellos hombres, vestidos con americanas deportivas de tejidos ligeros y caros, que no querían ver otras ventajas al enclave aparte de la discreción, el fácil acceso y el resto de factores de seguridad que sus servicios de protección habían detallado en un informe de diez folios. El estar al fondo de un *cul de sac*, y sólo existir un acceso descendente hasta la playa por una carretera angosta, para encaramarse y morir en las mismas rocas del hotel, hizo que cada uno de los allí presentes

aceptara con facilidad el lugar cuando Goldman lo propuso al final de la anterior junta del Consorcio, celebrada en Acapulco.

Las tres últimas ocasiones en que se reunieron habían terminado del mismo modo desacostumbradamente inconcreto. No acertaban a ponerse de acuerdo sobre el plan de acción a desarrollar en el mercado Sur-2, y la discusión solía escorar hacia el resbaladizo y etéreo campo de los riesgos políticos, alejándose de los sólidos razonamientos técnicos. Allí, en Ibiza, ya estaban danzando de nuevo los demonios que aparecían tan pronto se iniciaba la elucubración sobre el futuro régimen que podría, o no, asentarse sobre zona geográfica tan apetecida.

Edward Goldman era un letrado neoyorquino con sólida esqueletura, de cabello entrecano y ralo, habituado a dirigir juntas y comités. «Más que trabajar, lo que hago es reunirme todas las horas del día, con gentes dispares, en mi firma de abogados de Wall Street», solía decir con no poca dosis de filosofía. Pero en aquella ocasión se veía incapaz de adivinar una línea de progreso para salir de la trayectoria errática en que había entrado la discusión. Acariciándose el mentón, prominente y ligeramente adiposo, resumió:

—Por desgracia, discrepamos en lo fundamental. ¿Qué queremos para el área Sur-2? —En realidad dijo S-2—. ¿Es una dictadura lo más seguro para controlar nuestras inversiones... y nuestros beneficios? ¿O por lo contrario preferimos la democracia de corte atlántico? ¿Qué queremos?

—Sabemos lo que no nos interesa —dijo James Davidson, entrecerrando los ojos glaucos, que brillaban tras sus gafas redondas de cerquillo de oro—. No nos conviene la inestabilidad de la zona.

—¿Qué propones, James? —preguntó Goldman, echando la cabeza hacia adelante y apoyando sus robustas manos sobre la mesa.

—Hace ya tiempo que estoy pensando en ello...

Se interrumpió, midiendo lo que iba a proponer.

—¿Y bien?

—Todavía no lo he madurado... del todo.

James Davidson conservaba el hablar de Oxford, y solía aproximarse a los problemas con razonamientos que recordaban su primer ciclo universitario consagrado a las ciencias exactas.

—Tienes algo *in mente* —afirmó Sweering, mirándole por encima de los cristales de sus lentes al estilo Truman.

—Sí —repuso James.

—¿Y bien? —insistió el bávaro, peinándose los pocos cabellos pajizos que aún sobrevivían en la cima de su cabeza de huevo.

—También yo estoy interesado en conocer sus planteamientos, señor Davidson —apremió Takeda.

Era el único que se obstinaba en llevar corbata y mantener el «usted», hablando casi sin despegar los labios, y mirándole interrogativamente con sus ojos rasgados, que a pesar de su edad conservaban todavía la vivacidad del oficial que fue en la marina del Sol Naciente.

—Temo que mi idea pueda parecer frívola. Pero, ahí va...

Los magnates del Consorcio permanecían silenciosos, pendientes de lo que iba a decir Davidson. Él se demoraba, disfrutando el momento, y, ¿por qué no decirlo?, dando una tilde de suspense para tensar la atención del auditorio de tres privilegiados, que se reunían en la heterodoxia de aquella salita sin más decoración que el Mediterráneo vivo detrás de las cristaleras que sustituían a la paredes.

Davidson extrajo del bolsillo interior de su chaqueta a rayas, azules y blancas, un rotulador rojo. Tomó una cuartilla del centro de la mesa. Escribió en mayúsculas: «HAY QUE VACUNAR AL MERCADO SUR-2», y la hizo circular de mano en mano.

James Davidson expuso, con su tono más persuasivo, el esquema del plan razonando en voz baja. Le hicieron muchas preguntas. Detalles y más detalles. Discutieron el asunto durante más de dos horas, y no llegaron a aprobar su proyecto vacuna. Sólo aceptaron la ejecución de la fase preliminar. «Hay que hacer un test antes de decidir una operación de esa envergadura».

El Consorcio agrupaba intereses industriales y financieros a todo lo ancho de eso que se conoce por Mundo Occidental. Tenía más fuerza que cualquier Estado, y no constaba en papeles, ni escrituras de constitución. Sus miembros no se habían molestado en disimularlo ni maquillarlo siquiera bajo ninguna de las fórmulas bobaliconas que dan de comer a ejércitos de funcionarios y leguleyos. No era ni más ni menos que la reunión de cien de los hombres de negocios más influyentes. El «consejo de los cien», como solían autodefinirse.

Se reunían una vez al año, y delegaban el cumplimiento de sus iniciativas a un *petitcomité* ejecutivo de cuatro miembros: los cuatro hombres que se sentaban alrededor de aquella mesa elíptica. En la última sesión plenaria del Consorcio se había señalado como asunto prioritario estabilizar el importante mercado situado en el área geográfica Sur-2. Recibieron el encargo de hacerlo simplificado en el *mensajegarcía*: «Hagan el trabajo, y no nos expliquen cómo».

Rodolfo Laguna, a sus sesenta y muchos años, solía autodefinirse diciendo: «Soy un *finanssiero*». Ese eufemismo disimulaba el ir sumando herencias, sin fallo, generación tras generación.

A principios de siglo, sus ascendientes tuvieron el acierto de dar aire industrial a un patrimonio que en esencia conservaba demasiadas hectáreas de secano y corte dieciochesco, para entrar en negocios que apuntaban a un objetivo común: todos terminaban por abastecer al Estado.

Hoy, Rodolfo, tras saber rodearse de lo más granado que podía ofrecerle la bolsa del trabajo de ejecutivos profesionales, «lo mío es el olfato para saber elegir mi gente», se limitaba a controlar la fortuna desde el despacho madrileño de la calle Velázquez, frente al «Hotel Wellington», en el que sólo admitía la presencia de cuatro de sus empleados: Alberto Valle, economista treintañero que estaba presente en casi todos los consejos de administración de sus empresas, haciendo a las mil maravillas el papel de sabueso, alternando sonrisas infantiles con pullas aceradas; Rojas, contable de confianza de toda la vida y sus dos secretarías, Charo y Mariví.

El financiero volaba con cierta frecuencia a Barcelona y allí seguía de cerca la única operación que había logrado alterarle el sueño, cosa que le era desconocida hasta entonces.

Aprovechaba los viajes para distraerse en lo que solía llamar *safaris* cuando tomaba copas con camaradas de monterías, y sus *safaris* barceloneses consistían en seleccionar una buena pieza con quien encamarse tras recorrer par-

simoniosamente las columnas de los diarios en que se anuncia el puterío y sus habilidades parasexuales.

Rodolfo era, desde siempre, hombre de hábitos. Pasajero de primera, y de whisky con dos cubitos de hielo, acostumbraba llegar al aeropuerto del Prat a media tarde. Se dirigía a un aparthotel de Pedralbes, se metía en la bañera y, en remojo, leía de arriba abajo la sección entera de «relax» y «contactos». Una vez seleccionados dos o tres teléfonos, se complacía en prolongar cuanto daba de sí el diálogo a través del hilo, disfrutando de su inconsciente inclinación hacia esa forma de procacidad. Finalmente apalabraba la noche, tras exigir todo tipo de detalles y habilidades sobre la «gatita», como las llamaba. Antes de colgar el auricular soltaba «podemos quedar... pongamos a las dos de la madrugada, en mi habitación».

Acallaba las protestas de las celestinas, por lo intempestivo de la hora, alargándose poco a poco en su oferta de dinero, hasta cerrar el trato.

El financiero estaba iniciando uno de sus rituales barceloneses, descendiendo con premura del taxi que se estacionó frente a «Tartarín», en la parte alta de la ciudad. Las lluvias primerizas del otoño hacían acto de presencia en aquella noche neblinosa y, para protegerse del agua, ganó en tres zancadas la puerta acristalada del restaurante. Pepe le recibió atusándose el mostacho a lo káiser y, tomándole la gabardina, le condujo a la mesa del altillo donde ya aguardaba un cincuentón sonrosado y menudo, de reluciente calva.

Rodolfo subió los cuatro peldaños de madera con notable agilidad, y avanzó hacia su amigo para darle un par de palmadas con su huesuda mano.

—¡Qué hay, Héctor!

Rodolfo Laguna era hombre de buena estatura y recias carnes. Su cabello absolutamente encanecido permanecía

separado en dos por una raya exacta. La cara ligeramente abotagada, por el cotidiano buen yantar y mejor beber, se veía cruzada por un bigotillo estrecho y rectilíneo que no armonizaba con sus rasgos grandes ni con su nariz carnosa.

Como aperitivo pidieron el mismo vino que iban a tomar durante la cena, «Cáceres del 70», y su cháchara sobre la perdiz cordillerana, de Chile, les hizo olvidar la carta que tenían delante.

Pepe se acercó para sugerirles entrantes con *llenegues* y solomillo de toro lidiado en la misma Monumental. Los dos aceptaron sus consejos, y volvieron a lo suyo: «Es más chiquitilla la cordillerana... Tiene las alas en punta... Es muy fuerte, pero no hay quien se la coma».

En cuanto los camareros llenaron a medias sus altas copas y sirvieron los primeros platos, se alejaron, por fin, para que pudieran despacharse a gusto.

El financiero bajó la voz.

—¿Cómo va lo nuestro?

—Va. —Y acariciándose la calva—: Aunque hará falta más tela. Todo cuesta un *güevo*.

—¿Cuánto me tocará, al final?

—Difícil me lo pones. —E hinchó sus flácidos carrillos, para expulsar el aire sin prisa—. En un operativo como éste vale la pena rascarse la cartera.

—Es de cajón. No lo discuto. —Rodolfo Laguna abrió mucho los párpados—. Sólo te pido que me digas lo que va a costarme el sarao. Y santas pascuas.

—Pongamos el doble de lo previsto. Moverse sin llamar la atención resulta caro.

—Ya —exclamó con poca convicción.

—¿Te parece demasiado? —preguntó el hombrecillo, mirándole de hito en hito.

—Si sale bien, tirado. —Se interrumpió, fijando sus ojos pardos en la etiqueta de color arcilla de la botella de Rioja—. Pero si sale mal..., que Dios nos coja confesados.

—Muchos de nosotros arriesgamos el tipo.

—Y yo, tipo y hacienda —salmodió para sí mismo, sin esperar respuesta.

Durante la cena, el financiero escuchó con atención los proyectos de Héctor, interrumpiéndole de vez en cuando para pedir alguna que otra aclaración. No pronunciaron un solo nombre o apellido. En contadas ocasiones se refirieron, por sus motes, a personas bien conocidas.

Al terminar los sorbetes, Rodolfo quiso saber las fechas y el momento exacto de la culminación del plan. Mientras escuchaba el hilillo de la voz gangosa de su compañero de mesa, paseó los ojos por el aparador con espejo ovalado que tenía enfrente, por el artesonado del techo, por las pantallas de pergamino adosadas a la pared. Palpó el rugoso mantel de hilo blanco, y por fin dijo con sequedad, acentuando su deje rondeño:

—¿Cuándo, coño, será?

Héctor bajó la voz, y le confió hora, día y mes.

La patrona, enfundada en un delantal blanco y vaporoso, dejó la cocina para despedir a Rodolfo. «¿Todo bien?». El financiero asintió con la cabeza y sonrió diciendo: «Hasta pronto. La semana que viene tengo que volver por Barcelona; espero que todavía os queden *ous de reig*».

En su camino hacia la puerta de salida, el sonido de los «Church» que calzaba Rodolfo, destacó por encima de los murmullos de voces tibias que no lograban traspasar el perímetro de sus propias mesas, confundiendo con el rumor sordo del aire acondicionado.

Ya en el vestíbulo, el financiero se despidió de Héctor Villamediana, y terminó diciendo para tranquilizarle: «La semana próxima te daré una buena inyección de dinero..., a ver si alegras esa cara».

Rodolfo Laguna empezó el itinerario habitual tomándose un whisky en el bar del «Teatro Arnau», en pleno Paralelo. Le gustaba ver el escenario desde aquella atalaya colgada por encima del gallinero, y separada del teatro por un ventanal de ancho vidrio que daba al lugar cierto aire de exclusividad. Apenas si miró un par de veces el espectáculo de abajo. Prefería la charla picante del barman, que le conocía de antiguo, y le ponía al corriente de los dimes y di-retes que tenían que ver con vedettes y coristas, cómicos y gentes de varietés.

Siguió su ronda, y se metió en el «Sam's Cabaret», en una bocacalle oscura del Barrio Chino. Un portero, de chaqueta descabalgada y estrecha de sisa, le saludó con gesto servil:

—Buenas noches, don Rodolfo.

—¿Qué tenéis hoy?

—Lo de siempre... —Y guiñándole el ojo, en una mueca que le llevó a torcer toda la cara estrecha y lechosa, añadió —: Y una nueva chavala que hace magia.

—¿Se empelota, o sólo hace esas coñas de los pañuelitos de colores?

—También se empelota. Y está muy, pero que muy *güena* —aseguró el portero, relamiéndose y esbozando una sonrisa acanallada.

—Mejor. ¡A ver si me pone cachondo, y me sirve de aperitivo para la que me espera en el hotel!

—Usted sí que sabe...

El financiero le metió un billete de quinientas en el bolsillo superior, y dijo:

—Espero que me pongáis en el reservado.

—Está hecho.

Le acompañó. Buscó al *maître*. Entre los dos le acomodaron en un palco, a la derecha del pequeño escenario, y al

abrigo de las miradas de quedonas y parroquianos que llenaban a medias el mal ventilado semisótano.

Sin que Rodolfo pidiera nada, el propio *maître* le trajo la botella de escocés, y un cubo ligeramente ahorterado de plástico negro rebosando hielo. Se sirvió, y se dispuso a seguir las evoluciones de una rubia mal tintada, que gastaba capa recamada de bisutería barata, y acabó por descubrir un cuerpo enflaquecido, todas sus costillas, y fugazmente las entrepiernas.

Siguió un humorista que se empeñaba en hacer salir el *ñacañaca* en cada chiste, esforzándose por ejecutar el repertorio de gestos que se supone que hacen los homosexuales. Terminó por presentar el siguiente número, *sado*, con voz estridente, que rompió de tanto forzarla buscando ecos atiplados.

Las luces de colores centelleaban desde sus casamatas diseminadas por techo y columnas. Se elevó el estruendo de la grabación unos cuantos decibelios y, entre escasos aplausos de compromiso, apareció en escena una forma humana con cazadora de cuero bruñido. Su cuerpo gozaba de generosas formas, pero ocultaba la nuez de Adán bajo el pañuelo color cinabrio. No se podía asegurar si era mujer o no, aunque la perfección de sus hechuras daba que sospechar.

La voz en off anunció: «El “Sam’s Cabaret” les ofrece... saaado».

El financiero, aburrido, consultó la hora y llamó al camarero para preguntar cuánto faltaba hasta el último número. «Será el próximo, señor». Decidió aguantar el simulacro de autoflagelación, y la caída de correajes y demás atavíos, siempre negros. Sólo le interesó la última prenda por mera curiosidad. Quería comprobar que estaba ante un travestido con mucha cirugía, pero sin haber alcanzado aún la culminación. «Debe de estar ahorrando para que le corten las pelotas».